AÑO XLII

EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12148

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península —Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero —Tres meses 11'25 id —La suscripción se contará desde 1.° á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 10 DE MAYO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Los unos y los otros

Los unos son los catalanistas, los que silban la bandera española en los juegos florales; los que inspiran los desplantes de «La Renaixense» y «La Veu»; los patrocinadores del lenguaje desdeñoso que usan ambas publicaciones para hablar de todo lo que existe del lado acá del Ebro; los que en su soberbia se han creido superiores sin pensar en que esa superioridad se funda en el proteccionismo que obliga á las restantes regiones españolas á surtirse de los mercados catalanes; los que olvidando beneficios y favores, pagan con la más negra de las ingratitudes esos favores y esos beneficios.

Los otros son los separatistas cubanos; los que nos combatieron en la manigua: los que nos desangraron en dos guerras larguísimas; los que nos debían el haberlos traido de la mano al campo de la civilización, como nos deben los otros la fortuna que han hecho á nuestra costa.

Esos catalanistas, muchos ó pocos, creemos que muchos, insultan la bandera española después de haberla explotado mientras vivieron á su sombra Cuba y Filipinas. Aquellos dos mercados los usufructuaba el pueblo catalán al amparo de tarifas aduaneras prohibitivas que nos acarrearon la animadversión de los cubanos, la guerra luégo con todos sus horrores y al final de la misma la vergüenza del vencimiento y la pérdida del imperio colonial.

Y dase ahora el caso rarísimo de que mientras los catalanistas se desatan en improperios y hablan contra España é insultan su bandera, el presidente de la república cubana hace en una recepcion oficial el elogio de los españoles, alaba el valor y la corrección del ejército de nuestro pais y ofrece a la junta directiva de un circulo de españoles asistir á la inauguración del mismo é izar por su misma mano el pabellon de España.

¡A cuantas consideraciones se presta el proceder distinto de catalanistas y mambises! Podríamos hacerlas, pero no queremos. ¿Para qué?

Están en la conciencia de todos y de ellas se deducen que no son los cubanos los que pierden en la comparación.

LA COLUMNA DE DESEMBARCO

Ayer tarde á las dos, salió del arsenal, en paseo militar á Los Dolores, la columna de desembarco que ha de concurrir en Madrid á la revista que se ha de celebrar con motivo de la jura del Rey.

Compuesta de una compañía de Infantería de Marina al mando de un capitán; otra de marineros mandados por un teniente de navío y dos secciones de artilleros de mar que arrastraban dos cañones, á las órdenes de un alférez de navío, y rigiendo el total de las fuerzas un teniente de navío de primera, desfiló la columna por las calles de esta población, despertando entusiasmos que resurjen siempre que por cualquier motivo extraordinario pasa la tropa formada por la calle.

A verla desfilar á la llegada del paseo, acudió público numeroso, retratándose en todos los semblantes la satisfacción sentida al ver la marcialidad y excelente presencia de las fuerzas que han de representar en la revista á la Marina nacional.

Seguramente ha de llamar la atención en la Corte la columna de desembarco por la marcialidad, por la talla de los soldados y marineros que la forman, y por la heterogeneidad de los uniformes, como la llamó ayer aquí al verlos desfilar rápidamente en formación correcta.

Mañana, á las nueve y media, marchará á Madrid en tren especial.

El detalle de las fuerzas que la componen es el siguiente:

Plana mayor

Jefe.—Teniente de navío de primera D. José Saralegui.

Ayudante.—Teniente de Infantería de Marina D. José Martínez de Galinsoga.

Médico.—D. Ramón Virto.

Un practicante, un enfermero, un músico mayor, treinta músicos, un sargento de cornetas, un cabo de tambores, un cornetín, un condestable de tiradores y ocho tiradores.

Infantería de Marina

Capitán.—D. Juan Ros.

Primeros tenientes.—D. Andrés Sánchez Ocaña y D. Enrique Huerta.

Segundo teniente.—D. José García Tudela.

Seis sargentos, 7 cabos, 3 cornetas, dos tambores y 72 soldados.

Marinería

Teniente de navío.—D. Enrique Guzmán.

Alféreces.—D. Gabriel Rodríguez, don Ramón Carlos Roca y D. Juan Batalla.

Seis condestables, 7 cabos de cañón, 3 cornetas, 2 tambores y 84 marineros.

Artillería

Alférez de navío.—D. Víctor Concas.

Alféreces de fragata señores Iglesias y Carmona.

Cuatro condestables, 6 cabos de cañón y 50 marineros.

Esta sección de artillería conduce dos cañones.

UNA CARTA DEL DOCTOR PULIDO

CONTESTACION A LA ESCUELA MEDICA DE SEVILLA

Excmo. Sr. D. Ramón de la Sota y Lastra, Director de la Escuela Médica de Sevilla.

Mi ilustre amigo: En cuanto recibí el hermoso y por extremo laudatorio mensaje que, firmado por todos los distinguidos profesores de la Escuela Médica de Sevilla, tuvo usted la atención de remitirme, procuré contestarlo acusando su recibo, prometiéndome, cuando dispusiera de algunos minutos, hacerlo más cumplidamente y según corresponde á la importancia del envío.

Prescindo de manifestar mi sincero reconocimiento á sus elogios para mi persona, los cuales debo y quiero considerar más bien como un aplauso al luchador infatigable, cualidad que sí creo poseer, y no como un tributo merecido á otras superiores distinciones que quisiera me exaltaran en el grado que su generosa y gallarda cortesanía suponen en el amigo y compañero, en verdad de ustedes muy querido, lo reconozco.

Pero dejemos esto, y vayamos pronto á motivo más valioso y fecundo, con justicia y acierto tratado en su mensaje, del cual deseo decir algo á ese mi estimado Claustro, por entender que con ello servimos al bien de la Sociedad; me refiero á la autorizada excitación que dirigen al Gobierno de S. M., á las autoridades locales y al pueblo de Sevilla, para que procuren aceptar y cumplir cuanto la Higiene aconseja por mi pluma, y queda consignado en la obra dedicada á Sevilla. Esta adhesión del Claustro médico de la reina del Guadalquivir á la obra de saneamiento de poblaciones que yo persigo, téngola por galardón mayor que todo elogio á mi persona, pues sirve á los supremos intereses que más deben embargar nuestros afanes y aspiraciones el amor á la humanidad y al progreso de nuestras ciudades.

No conviene desconocer que vivimos en franca lucha; la más grande, la más imperiosa, la más general y reproductiva de las riquezas públicas, la de la salud y el vigor de la raza, sin embargo de todas las sugestiones nacidas de las propias excelencias y la persuación que inspira el terror de la muerte, no logrará implantar sus bienhechores consejos sino como resultado triunfante de una lucha donde la ignorancia, la rutina y la tacañería mal entendida, defenderán con todas las armas posibles el reinado de la pobreza, del atraso, de la incultura, de la suciedad y de la muerte, frente al de la riqueza, al progreso, la ilustración, el decoro y la vida que lleva consigo la Higiene.

¡Absurda y letal campaña, cuya existencia parecería imposible si no se explicara por esa gravitación funesta del espíritu humano, que tira de sí á lo profundo, no consintiéndole remontar su vuelo en toda clase de cuestiones si no le ha precedido la depuración espantable que producen los tremendos y sostenidos combates!

Tres poblaciones se destacan hoy en España realizando (que yo sepa) un civilizador esfuerzo por inaugurar el reinado de la Higiene pública: Bilbao, Cartagena y Sevilla. La primera acredita su vigor industrial, la solidez de sus riquezas y sus deseos de ser grande, acometiendo en su base un saneamiento urbano, sin el cual, con perfecta razón, cree inútil toda idea de grandeza y toda pretensión de cultura. La segunda ha causado en mi ánimo —¡bendita sea ella! la impresión más inesperada y gratísima que he recibido desde que desempeño este alto cargo que inmerecidamente ocupo, cuando me mostró sus importantes obras de saneamiento, que valen mucho, y el espíritu cultísimo de sus clases sociales todas, que vale más aun. Y la tercera cuyas circunstancias ustedes perfectamente conocen, mantiene una lucha cuyo término deseo sea pronto y en bien de la más conveniente causa. Que triunfen las tres ciudades en su empeño nobilísimo, y su obra servirá de ejemplo á las demás de España, y contribuirá mejor que otra riqueza alguna al vigor y progreso de nuestra decadente patria.

Pues bien, yo, mis queridos y muy ilustres amigos, les invito á perseverar en sus bienhechoras disposiciones. Su autoridad, su consejo, su predicación, pueden y deben servir de mucho, no solamente á los intereses de su ciudad, sino á los más atendibles y valiosos de España entera. Hasta aquí ha venido librando la humanidad cruentas batallas por sus religiones, sus derechos políticos, sus intereses mercantiles é industriales, etc., etc., pero ya, y como expresión de una superior cultura, comienza á librar batallas por esos intere

Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.ª

to; todos les conocemos,—añadió Matzko,—y á nadie asombra su conducta.

Los caballeros estaban ya cerca del estandarte de Masovia, junto al cual se levantaba la tienda de De-Lorsh. De súbito, una voz que partía un grupo de gentes que miraba al cielo, gritó:

—¡Deteneos! ¡Deteneos!

—¿Quién habla?—preguntó Povala.

—El Preboste de Kiebutzk; ¿quién sois vosotros?

—Povala de Tacov, los caballeros de Bogdanets y el señor de De-Lorsh.

—¡Ah! ¡Mirad la luna.

Los caballeros alzaron la cabeza: el astro de plata se ponía.

—No veo nada de particular,—murmuró Povala; ¿y vosotros?

—Un monje con capucha combate contra un Rey, ¡mirad! ¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!... ¡Qué lucha tan formidable! ¡Dios Santo, ten piedad de mí!

Alrededor del sacerdote el silencio era profundo; después de una pausa, dijo:

—¡Mirad, mirad!

—¡Sí, se ve algo!

—Sí, sí—murmuraron los caballeros.

—¡Ah! el Rey ha vencido al monje,—exclamó el

labor grosera, el desprecio que sienten por la muerte grandísimo.

De-Lorsh que conocía perfectamente á la gente polaca, dijo:

—Estos son los más fuertes; de ellos dependerá probablemente la victoria.

—¡Cuánta sangre correrá!—murmuró Matzko.

—El caballero de Kogbug,—observó Povala,—que llevó la carta del Gran Maestre al Rey dijo que los cruzados aseguran que ni el emperador de Oriente, ni ningún otro soberano podrán nunca reunir un ejército parecido al suyo capaz de derribar todos los tronos, de vencer á todos los ejércitos.

—Somos muy numerosos—replicó Zbishko.

—Sí; pero los cruzados no creen que las hordas armadas de Vitoldo puedan hacerles frente, pues imaginan que se dispersarán al primer choque. Si tienen ó no razón, no me incumbe saberlo.

—Sí; y no,—contestó Matzko;—conozco perfectamente á esos soldados, y si bien es verdad que tienen malas armas y que sus caballos son muy pequeños, en cambio poseen corazones de león.

—Los veremos batirse dentro de poco,—observó Povala.—El Rey, que siente hacer derramar sangre cristiana, procurará obtener la paz; pero los cruzados no querrán oir sus proposiciones.

—Es verdad; he tratado con los guerreros de Cris-

Alcanzaron á Matzko y á Povala que iban delante y cuando estuvieron reunidos espolearon á los caballos con dirección al sitio donde ondeaba al viento el estandarte de Masovia.

—Desde que el mundo es mundo,—exclamó Matzko,—no se ha visto un ejército como el que aquí está reunido, parece que se han juntado todos los pueblos de Europa para combatir contra los Templarios.

—Ningún otro rey podría reunir tantos soldados, porque no hay uno solo que gobierne un estado tan poderoso.

Matzko preguntó á Povala:

—¿Cuantas banderas siguen á Vitoldo?

—Cuarenta. El gran Maestre de los cruzados dijo un día que nuestras gentes no saben manejar las armas y sí únicamente las cucharas; espero que se ha equivocado el buen Maestre, y que las cucharas lituanas servirán para comer la roja sopa de la Orden.

—¿Quiénes son estos que ahora veo?—preguntó De-Lorsh.